

batía debía absorberle toda su atención y toda su actividad y que contra ellos solos apenas sería bastante toda su fuerza, era indispensable que obrara también con energía contra el elemento disolvente que introducían en su seno los enemigos intestinos. Continuaron las heregías durante los siglos de las persecuciones de la Roma pagana, y cuando apenas por la conversión de Constantino parecía que debía gozar la Iglesia de tranquilidad, hé aquí que la heregia se presenta con un carácter tan formidable que parecía iba de nuevo á undir al mundo en el abismo del error de que había sido libertado á costa de tres siglos de constancia, de paciencia, de actividad infatigable y de sacrificios inmensos: el arrianismo conmueve al mundo cristiano, arrastra en pos de sí poderosos personajes, aun á muchos pastores de la Iglesia, lo perturba todo y excita tal conflagración, que según la expresión de S. Jerónimo, «gimió todo el orbe y se admiró de verse arriano:» tan grande así era el poder del error, que esta sola heregia parece debiera haber celebrado los funerales del Catolicismo que acababa de adquirir sobre la idolatría el triunfo mas espléndido. Pero no fué solo esta con la que tuvo que luchar la Iglesia: pululaba otra multitud de errores patrocinados también por poderosísimos protectores en el estado eclesiástico y civil, y el tiempo intermedio de los Apóstoles á la conversión de Constantino y de esta á la inundación de la Europa por los bárbaros del Norte fué de agitación continua, de lucha incesante, no solo contra la idolatría en la primera de estas épocas, sino también en ambas contra el error que bajo diversas formas se dejaba ver proclamado por los mismos que habían abrazado el Cristianismo, por personas caracterizadas de grande autoridad en la Iglesia y también de grande apariencia de virtud que arrastraban en pos de sí á los pueblos y á los potentados. En esos tiempos existieron los nicolaitas, cerintianos, ebionitas, paulinistas, fotinianos, apolinaristas, los gnosticos, marcionitas, maniqueos, sabelianos, arrianos con todas sus divisiones, macedonianos, nestorianos, eutiquianos, pelagianos etc. Es tan voluble el espíritu humano, tan amante de novedades, tan inquieto é inclinado á modificarlo y á variarlo todo, que á no haberlo evitado la Providencia, de la misma luz que había venido á esclarecerlo habría él sacado de nuevo las tinieblas en que quedaria sepultado, y el conocimiento que había adquirido del Cristianismo no le habría servido de otra cosa sino de tener mas puntos á que ocurrir para multiplicar sus errores que ya desde entónces pretenderia apoyar en la divina revelación. Esto manifiesta de un modo incontestable la multitud, variedad y sucesión no interrumpida de tantas heregías.

Para todo hombre pensador y que toma interés por la suerte de sus semejantes, es grande, admirable é importantísimo este otro aspecto en que vamos á considerar á la fé católica. Si solo ella había desengañado á los pueblos gentiles, también ella sola impidió que fuera sustituido un mundo idólatra con otro mundo herege, que fué la tendencia que desde luego se reveló en el inquieto espíritu del hombre. ¿Y qué habría sido ese mundo herege? No se habría visto en él otra cosa sino un nuevo caos de errores sin fin de que ántes ni aun la idea se había tenido, porque el espíritu humano no querría mirar cada una de las verdades que se le habían manifestado, sino como un punto de partida para inventar errores á su placer,

aun los mas extravagantes, como son los de mesclar ó confundir la naturaleza humana con la divina, como lo hacían los eutiquianos, de sostener la existencia de un dios esencialmente malo y autor de todos los males, como lo hicieron los maniqueos, y de explicar, como los gnosticos, á Dios mismo y las cosas poniendo por primeros principios el Profundo y el Silencio de que procedieran diez siglos, después de los cuales del Profundo y el Silencio se originarían el Entendimiento y la Verdad de que procedieran ocho siglos, concluidos estos del Entendimiento y la Verdad emanarían el Verbo y Vida de que procedieran doce siglos y al fin de los treinta siglos del Verbo y la vida procedieran Cristo puro hombre y la Iglesia. Esto prueba que el mundo herege que habría sustituido al mundo idólatra, no habría cedido á este ni en la multitud, ni tampoco en la ridiculez de los errores.

El nuevo abismo quedó abierto tan luego como empezaron los trabajos para cerrar el antiguo, como lo demuestra el hecho de haber sido las primeras heregías contemporáneas con la predicación de los Apóstoles, así es que si la institución de la Iglesia católica no hubiera entrañado un principio de conservación absolutamente indestructible, la predicación del Cristianismo en vez de haber sido un medio de salvar al mundo, ocasionalmente no habría servido de otra cosa sino de dejarlo sepultado en una ruina mucho mas deplorable; porque la nueva doctrina habría sido un semillero de sectas; de cuantos dogmas ella comprendía se habrían formado una multitud de opiniones variadas, y así al caos de los errores idólatras se habría añadido el caos de los errores que se llamaran cristianos, y si el primero tenia perdido al mundo sin remedio, ¿qué habría sido de la infeliz humanidad añadiéndose perdición á perdición!

Pero no permitía tanta desgracia la bondad sin límites del Dios que se hizo hombre y murió por salvar á los hombres; y por esto previendo que el solo hecho de dar conocimiento al mundo de la doctrina de salvación, sino se aseguraba de una manera absoluta su estabilidad y pureza, no vendría á servir sino de ocasión para que los hombres se extraviaran mas y mas perdiéndose en los mismos rectos senderos que se les abrían, vinculó su Religión á una institución verdaderamente admirable en que brillaran al mismo tiempo su misericordia, su omnipotencia y su sabiduría, á la institución de la Iglesia contra la cual «no prevalecerían las puertas del infierno.» Nota con mucha razón San Juan Crisóstomo que el Salvador en el mismo modo de hablar respecto de esta institución sublime quizo dar á conocer el poder infinito que le es propio como verdadero Dios, pues si en otras ocasiones se dignaba orar delante de sus discípulos para darles mas y mas pruebas de la realidad de su naturaleza humana en la cual era inferior al Padre, tratándose de la edificación de su Iglesia y de la fortaleza invencible con que la revestiría para que jamás sucumbiera á ningunos peligros, á ningunas astucias, ni á las mas furiosas persecuciones, no dijo «yo rogaré,» sino con toda autoridad «yo edificaré mi Iglesia y te daré (hablaba á San Pedro) las llaves del reino de los cielos». En efecto: no solo debe ser miope, sino que debe tener cegada totalmente la vista intelectual quien no pueda descubrir la mano del Señor en la marcha majestuosa de la Iglesia y en las obras gigantescas que emprende y realiza, obras desmedidamente superiores á todo lo que puede alcanzar la fuerza humana; é ingrato

sobremanera debe ser quien no rinda el homenaje de su amor y reconocimiento á la misma Iglesia en vista de los esclarecidos beneficios que de ella á recibido el linage humano. No lo olvidemos: la Iglesia católica salvó al mundo del abismo de la idolatría y solo la Iglesia católica escapó al mundo de precipitarse en el nuevo abismo que desde luego le abrió la heregía.

Jamás pudo ser oscurecida esta Iglesia con las sombras que esparcian por donde quiera los propagandistas del error; jamás pudo ser envuelta ni confundida entre las sectas que se formaban por mas que sus autores y los que las abrazaban salieran del seno mismo del Cristianismo. La Iglesia católica se mantuvo siempre á una altura culminante; nunca entró en alianza con los que enseñaban el error, y fué siempre su carácter distintivo la reprobacion absoluta de todos los errores religiosos, cualesquiera que fueran las personas que los inventaran, los propagaran ó los protegieran, cualesquiera que fueran las consecuencias que se le siguieran de su condenacion. Es evidente que no podia seguirse tal conducta sino confiando en algo superior á todo lo que es puramente humano, y tambien lo es que si esta conducta tuvo un feliz resultado, quien la observó contaba realmente con auxilios sobrenaturales y divinos. Pero sin obrar de este modo, sin contar de hecho con esos auxilios ¿qué sabriamos ahora del Evangelio? Si la Iglesia hubiera hecho transacciones con el error, si hubiera condescendido con sus exigencias, si se hubiera doblegado ante su poder que tantas veces se presentó formidable, si se hubiera amedrentado por las consecuencias que en las circunstancias mas críticas pudiera traerle una reprobacion hecha sin disfraz y del modo mas terminante, si cualquiera de estas cosas hubiera sucedido, la doctrina toda del Evangelio habria quedado envuelta en una infinidad de pareceres contradictorios, y el esplendor de la verdad se habria oscurecido cuando apenas empezaba á esclarecer al mundo. Bastaba haber cedido en un solo punto: si la Iglesia hubiera hecho las paces con una sola heregía, luego se habria presentado otra alegando que le asistía el mismo derecho que á la anterior para ser reconocida y para que se le permitiera establecerse pacíficamente entre los cristianos, y el derecho que hubieran pretendido dos heregías, lo habrian hecho valer tres, cuatro y todas las que se han levantado y las que habrian inventado con esa autorizacion. Y por cierto que solo incurriendo en iniquidad pudiera la Iglesia condenar las demás heregías cuando hubiera transigido con una sola, pues bastaba no reprobear una para que quedara demostrado que no era la Iglesia la fiel depositaria de lo verdadero. Comprendió pues la Iglesia la altura de su mision, y al desempeñarla con invencible firmeza, proscribiendo sin excepcion ninguna todos los errores religiosos tan luego como se presentaban y combatiéndolos sin tregua hasta exterminarlos, se mostró celosa por los derechos de la verdad y segura del cumplimiento de las promesas que le habia hecho su Divino Fundador, y al mismo tiempo hizo á la humanidad el mas señalado beneficio, mostrándole el abismo en que pretendian precipitarla los nuevos errores, conservándole intacto el depósito sagrado de la doctrina de la Religion y proclamando siempre con valor los derechos de la verdad pura é incorruptible.

Merced á esta adhesion firmísima de la Iglesia á la doctrina revelada, á su constancia en predicarla y defenderla y en proscribir siempre el error sin

miramientos ni consideraciones ningunas para con él, ha llegado hasta nosotros el celestial tesoro de las verdades evangélicas. Los mismos protestantes debian estar agradecidos con nuestra Iglesia, porque sin su celo por la conservacion y defensa de la fé, á la época en que apareció en el mundo el primer gefe protestante, no quedaria ya sobre la tierra otra cosa del Cristianismo sino uno que otro resto del todo desfigurado á semejanza de los que de la primitiva Religion se notan mezclados en las fabulosas creencias de los antiguos idólatras; pero por lo demas, el mundo entero habria estado dominado por errores sin número, por sectas que nadie seria capaz de contar. ¿Quién podrá concebir hasta qué punto se habrian multiplicado los unos y las otras en el largo espacio de quince siglos? ¿Y quién entre la infinidad de sectas y de errores habria podido discernir alguna verdad evangélica que se encontrara íntegra y en toda su pureza? Casualidad seria que una sola se hubiera conservado de esta manera si la divina revelacion no hubiera estado sustraída desde los principios y constantemente á la volubilidad de las opiniones de los hombres. Mas como la Iglesia cuidó de la doctrina revelada con el mas delicado esmero y puso siempre en manifiesto al error, cuando Lutero vino al mundo encontró al Cristianismo establecido y dominante, y cuanto él retuvo de esta Religion divina, y cualquier resto que de ella guarden todavía los protestantes, lo deben á la Iglesia católica que ha sido desde los Apóstoles hasta nuestros dias el custodio inviolable de las verdades enseñadas por el Salvador. Es imposible que lo puedan negar los protestantes.

Pero habria sido cosa curiosa ver lo que hubiera hecho el protestantismo en el supuesto imposible de que á él se hubiera encomendado el establecimiento y conservacion de la Religion cristiana. (Llamamos imposible este supuesto porque en efecto lo es el de que el desconcierto hubiera hallado cabida en los planes de la Infinita Sabiduría.) Imaginémos que partian de Jerusalem los apóstoles protestantes cada uno con un ejemplar de la Biblia, dando á todos amplia libertad para sacar copias de la misma Biblia y multiplicarlas sin tener que sujetarse á autoridad ninguna que tuviera derecho para revisar las copias y no permitir las que no estuvieran del todo conformes con el original. Imaginémos que vulgarizándose de este modo las copias bíblicas y alterándose ya en un lugar ya en otro, como era natural, ya por descuido, ya por error ó malicia de los que la sacaran, anunciaban los apóstoles protestantes su gran dogma y decian á los pueblos: «En este libro se contiene todo lo que Dios ha revelado á los hombres; fuera de lo que en él se encuentra, ninguna cosa ha sido revelada: este libro debe ser leído y entendido por cada uno segun su juicio particular, sin tener que sujetarse á nadie respecto del modo de entenderlo, ni tener que oír ninguna enseñanza sobre esta gravísima materia, sino que lo que cada uno entienda por sí mismo al leer este libro, eso es lo que debe tener como religion enseñada por el Salvador, porque á todos se promete el Espíritu de verdad que les enseñará toda verdad.» Concibamos ahora si es posible, el desorden, la confusion que desde luego se habrian introducido en el mundo: la voz de aquellos apóstoles se habria perdido entre la infinidad de disputas y opiniones que desde luego aparecerian: no solo los hereges que de hecho existieron, sino otra multitud de que ni idea tenemos y que indudablemente

te se habrían levantado autorizados por el libre examen, habrían fundado sus opiniones en la Biblia; y si en la actualidad tiene el protestantismo mas de mil sectas á pesar de la invencible resistencia que le opone la Iglesia católica predicando la fé, estorbando los progresos del error, reduciendo al recto camino á muchos de los que lo habian abrazado, y obligando á los mismos sectarios á retener ciertos restos de cristianismo que se ven precisados á respetar aun sin darse cuenta de ello, ¿hasta que punto no habria llegado el número de las divisiones si desde el principio el protestantismo se hubiera visto en el mundo rival, sin retentivo ninguno, obrando á sus anchuras y siendo el depositario único de la Religion? Indudablemente cada uno de los que oyeran á uno de sus desconcertados maestros, ó á cuyas manos llegara una copia cualquiera fiel ó alterada de los Libros Santos, se formaría su religion individual, y las religiones cristianas serian tantas cuantos fueran los cristianos, y esto sin que llegara á desaparecer el paganismo, pues aun los mismos idolatras hallarian la idolatria en la Biblia entendida segun el juicio individual conforme á la doctrina protestante, porque al leer los pasajes en que se habla del misterio de la Santísima Trinidad y se nombran las Personas divinas asegurando su igualdad y divinidad, no pudiendo ellos comprender este altísimo misterio y estando tan arraigadas en su entendimiento las preocupaciones de la idolatria, habrian creído que en esos pasajes se enseñaba la existencia de tres dioses. ¿De este modo habria salvado al mundo el protestantismo? ¡Oh lo que él habria hecho seria agravar sus males sin medida, añadir á los errores en que estaba sumergido los otros innumerables que pulularian por donde quiera con la propagacion de la lectura é interpretacion privada de la Biblia: no se llegaria á saber que era lo que verdaderamente habia enseñado el Salvador; pero todos estarían autorizados por los apóstoles protestantes para tener y venerar como doctrina del Salvador la que ellos se hubieran forjado leyendo la Biblia. ¡Desdichado del humano linage si para ser cristiano hubiera tenido por maestros á los protestantes! ¡Desventurado protestantismo! su causa está perdida por cualquier aspecto que se considere.

PRESBITERO ACUSTIN DE LA ROSA.

OBSERVACIONES AL DISCURSO APOCRIFO Y HERETICO ATRIBUIDO AL SR. OBISPO STROSSMAYER CONTRA LAS PREROGATIVAS DEL SUMO PONTIFICE Y REPRODUCIDO EN VARIOS PERIODICOS.

EL PRIMADO DEL ROMANO PONTIFICE.

Nos parece haber dicho lo bastante para que se consideren como del todo desvanecidas las apariencias de argumentos de que el impostor adversario del Papado pretendió revestir sus gratuitas aseveraciones y calumnias contra el Primado de San Pedro queriendo galvanizar con su arrogante aire tribunicio-teológico esqueletos de objeciones en cuya inhumacion hasta las inteligencias mas negadas de las cátedras católicas de Teología ha

arrojado sin esfuerzo y con desprecio un puñado de polvo. Procuramos tambien apuntar algunas de las innumerables pruebas sobre que descanza la verdad de fé de la Primacia del Principe de los Apóstoles definida en el Concilio de Florencia y confirmada todavia mas con una nueva sancion entre los esplendores y magnificencia de la última Asamblea Católica del Vaticano. Al presente vamos solamente á bosquejar algunas de las soberbias columnas que sostienen el peso grandioso de la perpetuidad de la Soberania del Bienaventurado Pedro en la ilustre série de los Obispos de la Ciudad Eterna y al través de los siglos y las generaciones, no tocando para ello sino muy por encima las mas salientes de las bases firmísimas de esta sublime institucion; porque nuestro ánimo no ha sido ni es presentar en nuestra publicacion eruditas disertaciones sobre las verdades atacadas en la pieza del fingido Strossmayer, sino únicamente fijada la idea y suficiente solidez del dogma, procurar desvanecer las tan solo sombras de argumentos proyectadas en ese discurso por la ignorancia ó mala fé del adversario y propias para espantar no mas que á las imaginaciones asustadizas por la falta de la luz de la doctrina ó perdidas en las lóbregas tinieblas del error y para enloquecer la frívola cuanto orgullosa ciencia de la incredulidad y la heregia. San Pedro tuvo la Primacia de jurisdiccion en toda la Iglesia; tal fué la verdad que dejamos vindicada. El Obispo de Roma, el Pontífice Romano, el Papa está investido de la misma prerogativa de San Pedro; hé aquí la verdad que vamos á defender. Establezcámosla brevemente.

Es evidente que la prerogativa concedida por el Salvador al Principe de los Apóstoles no fué personal sino real; no fué para el individuo, sino para la institucion; no solo para enaltecer al pescador de Galilea, sino para la organizacion, unidad, é incolumidad de la Iglesia que ha de durar todos los dias hasta la consumacion de los siglos y contra la cual no prevalecerán las puertas del infierno. Esto no admite discusion. Si la Iglesia es perpetua, y si en la naturaleza y constitucion originaria é inmutable de ella entra el Primado de jurisdiccion, este Primado debe pasar íntegro é inalterable al través de todas las edades. Si el Primado fué instituido para que la Iglesia se ostente una porque la urdimbre nace de la unidad, como dice San Cipriano; si para quitar la ocasion del cisma, como se expresa S. Gerónimo; si para que el cuerpo sea uno, una la fé y el bautismo uno, saltá á los ojos que debiendo tener lugar todo esto mientras la celestial peregrina marche por el desierto del mundo, la institucion del Primado tiene sus límites solo en los límites del tiempo, en el principio de los dias eternos. Si S. Pedro fué el cimiento de la Iglesia de Cristo y las puertas del infierno no prevalecerán jamás contra esta Iglesia, es claro que ese cimiento debe perpetuarse para que pueda siempre subsistir la solidez del edificio y que la excelstitud de Pedro debe ser imperecedera é inmortal, transmigrando íntegramente por toda la serie del Papado de Pontífice en Pontífice hasta el postrimer suspiro del mundo en que el último de los Papas devuelva en sus propias manos las llaves del reino de los cielos al Rey Inmortal de la gloria. ¿Cómo la Iglesia había de estar sin base cuando mas combatida se encontrara? ¿Por ventura la Soberanía Suprema podria faltar cuando su necesidad fuera mayor, por no tener despues los obispos los privilegios personales concedidos extraordinariamente á los Apóstoles? ¿Cómo, en fin,

cuando la unidad amenazara destrozarse por las funestas discordias del cisma no habia de encontrarse un centro imprescindible de union y de obediencia? ¿Qué seria entonces de la obra, qué de las palabras, qué de la Divinidad de Jesucristo? No, ó el Primado de S. Pedro por el mismo derecho porque fué instituido se perpetúa, ó se deben justificar por precision las mas horrendas blasfemias. Simon de Juan terminó su mision con su glorioso martirio; mas Pedro vivirá siempre en sus sucesores, so pena de falsear las promesas de Jesucristo.

Este Primado se encuentra precisamente en el Obispo de Roma.

1. ° Solamente el Romano Pontífice se ha llamado en todo tiempo Sucesor de S. Pedro, sin que la Iglesia haya concedido jamás á ninguno otro tan esclarecido título. Desde S. Lino hasta Pio IX en la série continuada de mas de diez y ocho siglos la voz de los Pontífices Romanos ha sonado siempre como la voz de Pedro, y nunca la Grey de Jesucristo ha desconocido por un momento los acentos firmes de su legítimo Pastor Supremo. ¿Podria alguna vez la Esposa del Ungido vagar perdida como demente sin saber dónde se encontraba su cabeza misma? ¿El Amado se complaceria en ese desconcierto lastimoso de su Amada? ¡Blasfemia horrible! Luego el Obispo de Roma ha sido siempre el Sucesor de S. Pedro con todas las prerogativas de este.

2. ° Nada hay mas ilustre, nada mas cierto, nada mas testificado en la historia eclesiástica que la permanencia de S. Pedro en Roma, el establecimiento de su Silla en la Ciudad Eterna y el gobierno de aquella Iglesia por él mismo hasta su glorioso martirio, y por consiguiente la comunicacion de todo su poder al Obispo de aquella Sede. Para negar esto es necesario despedirse para siempre de la crítica y la historia. La voz unánime de los siglos es el testimonio de aquel hecho. Por lo mismo, nada mas claro que la sucesion de los obispos de Roma en todos los derechos de S. Pedro. La Primacia del Príncipe de los Apóstoles es la herencia perpétua de los Romanos Pontífices. Por eso la Iglesia Romana es llamada siempre la *Silla de Pedro y la Cátedra de Pedro*. S. Cipriano, S. Gerónimo, S. Optato, S. Agustin, S. Próspero; S. Ireneo, Tertuliano, S. Clemente de Alejandría, S. Dionisio, Orígenes, etc. etc.; y hasta los mismos prelados de Antioquia, primera Sede del Príncipe de los Apóstoles, que en el supuesto contrario hubieran reclamado la investidura de la Primacia, todos, todos proclaman en la sede del Obispo de Roma la *Silla y la Cátedra de Pedro*. Los Concilios III y IV generales celebrados el primero en Efeso y el segundo en Calcedonia, prescindiendo de los demás, consideran á Pedro viviendo y hablando siempre por los Pontífices Romanos, Pastores de la Iglesia Universal. Por eso tambien la tradicion constante y concorde de los siglos todos celebra la preexcelencia de la Iglesia Romana y su mas elevado poder sobre todas las demás iglesias, como Madre y Maestra de ellas y centro de la unidad católica. Díganlo, si no, los concilios ya citados y otros que pasamos por alto en pro de la brevedad, concretándonos tan solo al de Florencia, cuyas palabras emitidas á una voz por Griegos y Latinos pueden considerarse como la fórmula de las que emplearon los demás concilios: «Definimos, dice la Augusta Asamblea, que la Santa Sede Apostólica y el Romano Pontífice tiene el Primado en el orbe todo, y que el mismo Romano Pontífice es el

sucesor de San Pedro Príncipe de los Apóstoles y verdadero Vicario de Cristo, y que él es la cabeza de toda la Iglesia y Padre y Doctor de todos los Cristianos, y que á él mismo en la persona del Bienaventurado San Pedro le fué concedida por Nuestro Señor Jesucristo la potestad plena de apacentar, regir y gobernar á la Iglesia Universal, como tambien consta en las actas de los concilios ecuménicos y en los sagrados cánones.» Y es de notarse que el mismo Concilio de Basilea, que no se mostró por cierto muy benigno para con la Silla Apostólica, habló en el mismo sentido que el anterior acerca de la tradicion sobre la Primacia de los sucesores de San Pedro. Díganlo tambien los Santos Padres, cuyos testimonios queremos no citar, porque ninguno medianamente versado en la materia, ignora las expresiones brillantes en que colocan á la Iglesia de Roma en la cúspide de la mayor elevacion donde descuella la majestad del Obispo de los Obispos y proclaman que á esta Iglesia, la mayor y la mas antigua, por su mas poderosa principalidad debe conformarse toda iglesia, es decir, todos cuantos tengan verdadera fé, como que en ella se ha conservado la tradicion de los Apóstoles. ¿Para qué tenemos, además, que desenvolver en la historia de los Pontífices de los primeros siglos el cuadro de su gobierno en todas las iglesias, como pastores supremos de la Grey Universal? Ahí está San Clemente en el siglo I. dirigiendo sus cartas á la Iglesia de Corinto para poner término á sus disensiones. Ahí el Papa Víctor en el siglo II en la cuestion de los *quartodecimanos*. Ahí San Dionisio en la causa de San Dionisio Alejandrino. Ahí Julio en la causa de San Atanasio y de otros obispos depuestos por los arrianos. Ahí Liberio en la causa de Eustaquio de Sebastia. Ahí Inocencio I en la causa de San Juan Crisóstomo condenado por una sentencia inicua. Y esto todo se verificó á pesar de las disensiones interiores que perturbaban la paz y estorbaban las comunicaciones de la Iglesia. Ahí.....pero es por demás detenernos en un punto reconocido hasta por multitud de protestantes, que confiesan la universalidad del ejercicio del poder de los papas por lo ménos desde Leon Magno. La autoridad soberana del Romano Pontífice ha sobresalido de tal manera desde el nacimiento de la Iglesia hasta el presente, que es necesario cegarse de intento para no ver en todo tiempo el brillo de sus vivisimos fulgores. ¿Qué importa que la forma de su manifestacion no haya sido siempre igual? ¿No debia acomodarse á las vicisitudes de la humanidad, á las necesidades y exigencias diversas de los tiempos? ¿Por qué, pues, se ha de desconocer la Primacia de los Pontífices de Roma porque el número de leyes fuera menor en unos tiempos que en otros? ¿Tanto apego á la inmovilidad indefinida por parte de los mismos que se titulan apóstoles del universal progreso es uno de los fenómenos que solo se explican en el ciego furor contra los Pontífices Romanos y en el odio contra el grandor sublime de la Iglesia Universal!

Las anteriores consideraciones creemos que bastan para dejar consolidada en nuestras observaciones la perpetuidad de la Soberanía de San Pedro cimentada por derecho divino en los Pontífices Romanos, institucion tan sublime y tan firmemente establecida que hasta muchos sabios protestantes no han podido menos que aplaudirla y contemplarla con admiracion y asombro. ★